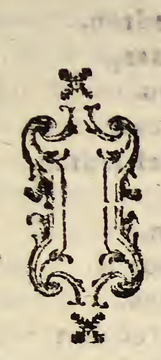




A LOS DOLORES
DE MARIA SANTISIMA,
QUINTILLAS.

Pecador, si á mis Dolores
quieres tener devocion,
yo te haré dos mil favores,
y pondré mi intercesion
á favor de tus errores.

Si siete dias, cabales,
en mis Dolores contemplas,
ganarás contra tus males,
veinte y un mil y trescientas
Indulgencias Parciales.

No pienses que en escucharlos
de paso, tendré yo gusto,
sino que has de contemplarlos
con sentimiento; que es justo
que me ayudes á pasarlos.

Contempla, en el primer dia,
los filos de aquesta espada
que traspasó el alma mia,
al escuchar declarada
tan amarga Profecia.

Presenté mi Hijo al Templo
como la Ley lo mandaba;
Simeon con regocijo,
en sus brazos le tomaba,
y estas palabras me dijo.
Señora, este hijo amado,
hermoso, que tanto estimas,
lo verás preso, azotado,
y coronado de espinas,
y morir crucificado.
Si contemplas el Dolor
tan amargo que sentí,
en dolorosa Pasion,
luego alcanzarás por mí,
el perdon del Salvador.
En este Dolor segundo,
para matar á mi Hijo,
mandó Herodes iracundo,
degollar, segun cual dijo,
los inocentes del mundo.
Un Angel del Cielo vino,
y avisó á mi amado Esposo,
que emprendiesemos camino,
que Herodes viene furioso
con su Egército maligno.
¡Con qué agonía en mis brazos
tomé á mi Hijo, y á Egypto
nos fuimos con lento paso
yo y mi esposo! ¡qué conflicto!
se hizo el corazon pedazos.
Con la menor prevencion,
sin dormir ni descansar,
quebrantado el corazon
caminaba sin parar;
¡contempla con que afliccion!
A cada instante volvia
la vista, por ver si acaso
el tirano nos seguia,
desmayada á cada paso,
con tan mortal agonia.
Unos ladrones sin tasa
nos salieron, y un ladron,
escuchando lo que pasa,
hablando á su corazon
nos hospedó él en su casa.
Si haces como aquel ladron,
compadécete de mí
en tan amarga Pasion,
que lo que yo haré por tí
es alcanzarte el perdon.
El tercer Dolor: tres dias
tuve perdido á mi bien;
contempla en mis agonias,
y así llorarás tambien
las amargas penas mias.
Yo y José, mi Esposo amado,
con Jesus al Templo fuimos
los tres, y habiendo llegado,
un grande concurso vímos
de gente, allí congregado.
Un festin grande que habia,
habiéndose ya acabado,
yo del Templo me salia,
y José con gran cuidado
por otra puerta venia.
Y juntándonos los dos,
yo á mi Esposo pregunté:
José, ¿y el Hijo de Dios?
María, yo no lo sé;
yo juzgué que iba con vos.
Aqui el corazon partido
con una angustia tan fuerte,
quedé como sin sentido,
llorando mi amarga suerte
de haber á Jesus perdido.
Tres dias fui caminando

con sus noches, ¡qué tormento!
yo y José mi esposo amado.
hasta que lo halle en el Templo,
con los Sábios disputando.
Si á Jesus tienes perdido
por la culpa, ven á mí
cuando te veas afligido:
que si esto lo haces así,
tendrás descanso cumplido.
El cuarto Dolor fué cuando
con la carga sin mensura,
vide á mi Hijo caminando
por la calle de amargura,
cada instante tropezando.
Siendo la sentencia dada,
vino Juan á mi retiro,
y me dió aquesta embajada;
yo dando un tierno suspiro,
quedé como desmayada.
Con valor, que medió el Cielo,
en angustia tan crecida,
caminaba con anhelo,
á ver á mi amado Hijo,
afligida y sin consuelo.
Llegué á la calle cruel,
donde me paré á escuchar
las voces de aquel tropel;
un instante sin parar,
todos blasfemaban de él.
Las Trompetas del pregon
decian; muera el malvado,
facineroso, ladron
y pague crucificado
su infame predicacion.
Rompí por entre las gentes,
con mi Hijo me abrazaba,
le hablaba allá interiormente,
con la garganta anudada,
del Dolor tan vehemente.
Si aqueste amargo Dolor,
imprimes en tu memoria,
te aseguro, pecador.
que conseguirás la Gloria.
prenda de inmenso valor.
El quinto fué tan penoso
que es digno de contemplar;
cuando á mi Hijo precioso
yo le ví crucificar
en la Cruz como alevoso.
Nos fuimos á la Montaña
del Calvario, y por despojo
le arrancan con ira y saña
á la lumbre de mis ojos
la tunica: ¡cosa estraña!
Cuando le ví desnudado,
renovadas las heridas,
todo el cuerpo destrozado,
crecieron las penas mias
al verle tan lastimado.
Que se tendiese ordenaron
en la Cruz, y con paciencia,
hizo lo que le mandaron,
y con tirana insolencia
pies y manos le clavaron.
Y despues la Cruz volvieron
aquellos Sayones bravos,
y su Santa Faz pusieron,
y remacharon los clavos;
con que mis penas crecieron.
Despues aquellos Sayones
la santa Cruz levantaron
con blasfemias y baldones,
y el Santo Cuerpo dejaron
en medio de dos ladrones.
Si aqueste Dolor tan fuerte,
te detienes en pensar,

llorando mi amarga suerte,
yo te prometo ayudar
en las ansias de la muerte.
El sexto con tiernos lazos
al Hijo de mis entrañas,
difunto, y hecho pedazos
por las malicias estrañas,
lo pusieron en mis brazos.
Dos Santos varones vieron
mi tristeza y amargura,
y á Pilatos le pidieron
para darle sepultura
licencia, y la consiguieron.
Y luego que desclavaron
aquel Cuerpo sacrosanto,
y en mis brazos le entregaron,
con un lienzo limpio y blanco
al punto le amortajaron.
Con unguentos olorosos
que prevenidos traían,
le ungieron estos piadosos
Varones, que me asistian
en lance tan congojoso.
Yo que le estaba mirando
de los pies á la cabeza,
mi Dolor siempre avivando,
con una amarga tristeza
le decia suspirando.
Hijo mio y muy amado,
¡quien te puso esas espinas,
y te abrió aquese costado,
aquestas manos divinas
y vuestros pies taladrados!
Si aqueste dolor amargo
contemplas, dejando el vicio,
de lo que Dios te hará cargo
en el dia del Juicio
yo daré por ti el descargo.
¡Oh qué acento, pecador!
ciertamente que es muy fijo,
que toda me descoyunto,
al hallarme sin mi Hijo,
ya ni vivo ni difunto.
Los Varones con quebranto
me decian: gran Señora,
no os entregueis tanto al llanto
que ya es llegada la hora
del entierro sacrosanto.
Mitigad tanto tormento,
cese ya esa pena dura,
dadnos el Cuerpo sangriento
para darle sepultura
en un nuevo Monumento.
Pero yo aunque agradecia
fineza tan amorosa,
dándoselo les decia:
tomad esta prenda hermosa,
del hijo que mas queria.
San Juan y la Magdalena
me llevaban en los brazos,
todos cargados de pena
fuimos siguiendo los pasos,
donde el Sepulcro se ordena.
Llegamos al Monumento,
donde con piedad honrosa,
pusieron el Cuerpo dentro,
cubriéndole con la losa;
contemplad mi sentimiento.
Todas estas siete Espadas
pasaron mi corazon:
si de tí son contempladas,
gozarás el galardon
en las Celestes Moradas.

FIN.

En Córdoba, por D. Luis de Ramos y Coria.